



## *La Huella del Niño en la Historia*

*Paulina Saavedra*



Al hacer un recuento de la historia de la humanidad se puede advertir que en ella casi no se menciona a los niños. Autores como De Mause, se han sorprendido porque no se sabe qué ha pasado con esta gran masa de seres humanos, la cual pareciera que nunca hubiese existido. Algunos biógrafos de príncipes y reyes se han referido a la infancia de personajes famosos; y las cosas que nos cuentan son bastante espeluznantes. En la biografía de Luis XIII, citada por De Mause, se constata que el príncipe en sus primeros años sufrió muchas de las conductas que hoy día se consideran agresión y abuso sexual. Los textos revelan que fue objeto de manipulaciones sexuales de sus padres y criados desde que era un lactante y hasta que tuvo por lo menos siete años. De igual forma se conoce que era brutalmente azotado y que el día de su coronación, el niño exteriorizó su deseo, en el sentido que cesaran los azotes.

Por otra parte, hay que tener presente que desde épocas muy remotas se han cometido infanticidios. Así, expertos aseguran que desde antes de la era cristiana, dada la reiterada frecuencia del infanticidio femenino en muchos pueblos, la población predominante era la masculina. Se empleaban procedimientos diversos, como abandonar a las niñas en un canasto, o bien dejarlas a merced de los animales, perderlas o matarlas; el más común era

ahogarlas. De este modo el infanticidio era algo permitido, tolerado y a veces recomendado desde tiempos inmemoriales. Se concebía al padre como dueño, propietario de sus hijos, lo que implicaba que junto a poder hacer lo que quisiera con su hacienda, con sus bienes, podía hacer también lo que quisiera con sus hijos. Con respecto de otros procedimientos que tenían en la antigüedad para enfrentar la educación y el cuidado de los niños, golpearlos era una forma muchas veces recomendada para su crianza. Incluso Foucault nos habla del anuncio de una máquina a vapor que podía azotar a los niños que mostraran una conducta incorrecta.

Tradicionalmente se ha golpeado a los niños como método correctivo, pero a edades más tempranas, recién nacido, se ha empleado un procedimiento que consistía en fajar a los bebés con la finalidad de que sus piernitas se mantuvieran derechas y no se encorvaran. La idea que el niño no se torciera, remite al temor del adulto a que el niño pudiera crecer con desviaciones, con conductas incorrectas. Al niño se le fajaba para mantenerlo en una posición recta obligada. Luego, cuando ya las fajas no son posibles porque el niño gatea o camina, entonces se recurre a otro medio de control y que pueden ser tanto los golpes, como también han sido las formas de asustar al niño con historias, cuentos y fantasías de brujas. Esto queda como un legado de aquellas formas que hubo desde muy antiguo para mantener un niño sosegado, quieto. Se conocen casos en que a los niños se les contaban historias que les infundiera temor y que incluso iban acompañadas de objetos, como máscaras y muñecos que podían provocar un estado de pánico. De Mause expone la muerte al despertarse, de una niña de dos años a la que se le contó una historia de sustos antes de dormirse y se le dejó, una vez dormida, un muñeco en su cama, para que no se moviera de ella. Estos son testimonios que nos revelan cómo se ha asumido el control del niño desde hace mucho tiempo.

Más tarde, el control se da por medio de la disciplina, planteándose que una buena disciplina va a moldear un temperamento ordenado y trabajador. Voltanski ha

trabajado bastante este tema y plantea que han existido muchas formas de orientar a los padres para que a los niños rebeldes se les doblegara esa rebeldía. Eso se logra en muchas formas, bañarlos con agua fría, despojarlos de sus ropas. Se han recomendado procedimientos que modifican esa conducta en el niño. Posteriormente, desde mitad de este siglo han aparecido otras escuelas, con gran énfasis en el sentimiento, en la libertad del niño; lo que no significa que los adultos nos hayamos desprendido de todo este legado que tenemos de formas de aterrorizar, de agredir y de tratar de subordinar a los niños. Los adultos tenemos poder y queremos hacerlo sentir frente a nuestros niños; y nada más amenazante para un adulto que una criatura lo ponga en jaque cuando se ha logrado muchas conquistas en la vida y le diga: feo, tonto, malo y ¡no quiero! Frente a esto el adulto impone voluntad porque no puede soportar que su poder esté cuestionado. Un superior jerárquico puede decirle a un sujeto cosas de sí que no le gustan, pero ese mismo sujeto no va a tolerar que su subordinado se las diga. En cuanto a las formas más modernas que se han incorporado, de mayor tolerancia y permisividad con los niños, fundamentalmente se ha adoptado en el aspecto formal, no de contenido. En el trasfondo muchas de estas prácticas se siguen utilizando en la familia, muchos de los educadores también las emplean y en general con el niño siguen imperando. Se da el caso de un niño que no se dejaba inyectar durante la consulta y el doctor le dio una nalgada como diciendo: ¡Aquí mando yo! El chiquito cede, llora y el doctor le pone la vacuna. O sea, hay un momento en que surge todo ese legado que sobrevive a los tiempos, al conocimiento y a la razón.

¿Qué hace que esto se produzca? Hay quienes dicen que el adulto ve en el niño cosas que a él le asustan de sí mismos. De esta manera se le castiga por aquello que rechaza de sí. Por ejemplo, en la experiencia de una madre con su hija de tres años y dice que la niña es «una zorra, le gusta atraer a los hombres». Es una niña de tres años; probablemente lo que pasa con esa mujer es que está viendo en ella deseos que ella misma tiene y que los condena en sí misma. Otros ejemplos se dan cuando el

niño expone las partes más débiles del adulto, las expone y el adulto se siente dejado al descubierto y aunque sean cosas pequeñas, el adulto hace un gran drama, se ofende y castiga al menor.

Es el caso de una niña de guardería que cuando la mamá fue a abrir la puerta de la casa y se le cayó la cartera que llevaba en la mano, la chiquita dice: —Oh mami, más chapa, (inútil). Y la madre exclama que nunca se imaginó que su hija le dijera eso, con todo lo que ha sufrido para criarla, todas las cosas que ha tenido que pasar, cuando ha sido abandonada por el esposo, los familiares no la quieren. Está reflejando la vulnerabilidad que tiene en ese aspecto.

En otras ocasiones el niño no responde a la necesidad de afecto material que tienen los adultos. Es sorprendente cómo cada día los adultos le demandan a los niños cosas que ni los adultos pueden hacer. De Mause expone la situación de una madre: «Nunca me he sentido amada en toda mi vida, cuando lloraba, su llanto indicaba que no me quería, por eso yo le pegaba». O sea, que se le está pidiendo al niño que supla sus carencias afectivas y como todo bebé el niño llora, al llorar no le está demostrando ese afecto que ella necesita y por eso le pega.

También se afecta al niño cuando se le otorga una carga que ni siquiera el niño puede sostener. Frecuentemente he oído decir de un niño: «son los ojos de la abuela, cuando no lo llevo para que la vea, ella se enferma». Entonces el niño tiene que sostener a la abuela para que ella no enferme o se muera, y toda la familia espera que el niño asuma esa responsabilidad. Probablemente ni nosotros los adultos podríamos hacer una tarea como esa, pero el niño lo tiene que hacer, y si no lo hace, es objeto de hostilidad y agresión de sus familiares.

Una madre dice del esposo: —si no fuera por la niña, ni vendría a la casa, ella lo ha hecho cambiar, dejar el licor, hasta fuma menos, porque a ella no le gusta verlo fumar. Aquí también se está depositando en la niña cargas muy pesadas que ni siquiera muchos especialistas pueden resolver.

Unos abuelos se expresan así de su nieto: —es la alegría de la casa, vivimos tan solos, tan tristes, ahora él nos hace payasadas hasta que nos hace reír. Pero qué cansado, qué duro para un niño resolver las carencias de los adultos. Estas son algunas de las formas propias de la vida cotidiana en las formas más frecuentes de unas relaciones que son muy asimétricas, de gran demanda para con los niños. Frecuentemente, nosotros esperamos de ellos que nos den muchas satisfacciones, que son las que envuelven nuestras propias frustraciones y muchas otras cosas que no hemos podido resolver de otra manera. Cuando vemos que a los niños se les agrede, vemos que se les agrede con toda la historia de la humanidad, con todo lo que hemos hablado anteriormente. Se le agrede a seres indefensos, vulnerables, y generalmente con argumentos encubiertos: «lo hacemos por tu bien», «me duele tanto pegarte pero te pego», «sufro yo más que vos», «a mí me duele más que a vos» y eso envuelve una gran confusión de los términos.

En cuanto a los tipos de agresión que nosotros observamos en la actualidad, advertimos que se producen en las relaciones políticas, en las diferentes formas de conflicto interno, conflicto social, conflicto armado en muchos lugares, también en países donde el niño tiene que desplazarse hacia otros lugares con su familia, situación que al igual que en caso de exilio, predomina la incertidumbre, el corte de las raíces y del entorno afectivo y material.

Estas situaciones aunque parecen distantes de nuestra realidad, también se dan aquí. Un niño de una familia precarista de ocho años en un dibujo pinta su casa y pone una gran cerca de púas, porque para él, la agresión del desalojo de su rancho en Guápiles fue tan brutal, que lo más importante para él, es la cerca que le asegure que no van a entrar a derribar su vivienda.

La agresión más extendida y generalizada es la socioeconómica, porque ataca a los sectores más vulnerables de la población infantil. Se da la marginalización en la salud, en la educación y en las condiciones de vida y las

posibilidades de desarrollarse en la recreación, el deporte, las habilidades artísticas y toda forma de ejercer sus derechos básicos de desarrollo.

Hay que considerar la agresión institucional. Esta agresión se da en la escuela, donde el educador maltrata al niño más vulnerable, al más pobre, lo golpea, lo recrimina, lo ofende, lo descalifica. Tiene la seguridad, que nadie le va a reclamar, si se trata de niños que están en situación familiar problemática. También se da agresión en la policía, en el campo judicial y en el campo sanitario donde no se le da al niño un trato adecuado a la condición de vulnerabilidad que él tiene. Existe la agresión de la comunidad donde muchas veces se rechaza al niño que es familiar de una persona con connotaciones delincuenciales, o hijo de una prostituta o que tiene algún tipo de estigma social, el niño es rechazado. Existe rechazo al adolescente. Hay comunidades donde ser adolescente es un pecado mortal. Se le ve como un drogadicto, como un alcohólico, como alguien potencialmente peligroso. La estigmatización del menor trabajador, que lleva a pedir que mejor «estuvieran encerrados en un centro para menores, que vendiendo flores en la calle». Hay agresión en los medios de comunicación que adultizan al menor y lo ponen muchas veces en imágenes estereotipadas y en roles sexualizados que no corresponden a su edad, con la finalidad de vender un producto.

Tenemos la agresión familiar que se da fundamentalmente por las pautas de crianza que recurren al castigo físico, a veces desmedido, a veces que es medido, pero periódicamente el niño está siendo castigado. La agresión psicológica con la amenaza, con la descalificación, con hacer sentir inútil al niño y muy relacionada con la agresión física, la agresión sexual. Como en el castigo físico, el niño es objeto de los sentimientos, deseos e impulsos de los adultos. La agresión psicológica, la física y la sexual producen en el niño graves consecuencias. Se da la descalificación de sí mismo, una pérdida de confianza en sí y en los demás. Se siente menos, siente que no vale nada.

Al preguntarle a un niño ¿cómo te sientes cuando te pegan?, él respondió:

— Idiay, que no valgo nada.

Esta respuesta ejemplifica la respuesta de todos los niños. Cuando se le golpea, el niño pierde su estimación y su valor porque se siente convertido en un objeto. Creemos como propuesta que hay que plantear un cambio en las relaciones de los adultos con los niños, enfatizar en el respeto por los derechos fundamentales del niño y que hay que ofrecerle a éste la posibilidad de expresarse, de ser oído y de ser creído, para lo cual tienen que modificarse las estructuras tanto institucionales como familiares para que estén realmente de acuerdo con los derechos y a las posibilidades que tiene el niño de realizarse.

Lo que está pasando no es nuevo, lo que está pasando viene desde hace mucho tiempo, sólo que ahora se habla de esto; pero al trabajar con personas mayores y al revisar sus experiencias infantiles, encontramos la agresión y el abuso, sólo que nunca antes pudieron ellos plantearlo.

---



#### BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Boltanski, Luc. **Historia de la Infancia**. Editorial Alianza, Madrid, 1982.
- De Mause, Oyd. **Vigilar y castigar**. Siglo XXI, Editores, México, 1985.
- Foucault, Michel. **Puericultura y moral de clases**. Editorial Laia, Barcelona, 1974.

